

JUNIO 2003

Un análisis estratégico de la controversia en la Península Coreana

Por Jorge Malena

La sorprendente admisión por parte del gobierno de Pyongyang en octubre de 2002 de que contaba con un programa secreto de armas nucleares basado en el enriquecimiento de uranio, disparó una nueva crisis en la Península Coreana. Los acontecimientos posteriores, tales como la expulsión de los inspectores de la Agencia Internacional de Energía Atómica, el inicio del reprocesamiento de combustible nuclear en la planta de Yongbyon, la declaración de Pyongyang referida a que se reservaba el derecho a realizar un “ataque preventivo” contra las fuerzas de Estados Unidos, el lanzamiento de un misil al Mar del Japón (esta vez en coincidencia con la asunción del Presidente sudcoreano), etc., han contribuido en la actual escalada de la controversia.

Asimismo, el actual panorama internacional, caracterizado por un Estados Unidos victorioso que fue a la guerra contra Bagdad sobre la base de “sospechas” acerca de la posesión del régimen de Saddam Hussein de armas de destrucción masiva, empeora la situación relativa de la República Democrática Popular de Corea, habida cuenta que el propio Gobierno de Kim Jongil ha proclamado abiertamente tanto contar con armas nucleares como tener el derecho a disponer de ellas (lo cual abarca desde darles un uso militar hasta venderlas a grupos terroristas o “Estados fallidos”).

Por otra parte, la política de “negación hostil” de la administración de George W. Bush para con Corea del Norte, tampoco ha servido para atenuar la crisis. Recordemos como antecedente lejano el discurso del Presidente estadounidense el 4 de julio de 2001 en West Point, en el cual identificó la existencia de un “Eje del Mal” en el sistema internacional, del que la República Democrática Popular formaba parte (junto a Irak e Irán). Desde que se hizo cargo del Gobierno, la

administración Bush desestimó todo contacto directo con Norcorea y caracterizó al régimen de Pyongyang como una amenaza –a la vez que no dudó en enfatizar que los ataques preventivos contra las plantas nucleares de su contendiente eran una opción estratégica atendible–, todo lo cual dista de la política de “compromiso” de la administración Clinton.

A la fecha, las opciones abrazadas por las últimas dos administraciones en los Estados Unidos frente a Corea del Norte han sido (1) el diálogo y el compromiso –en el caso de los demócratas–, siendo su resultante el Acuerdo Marco de 1994, y (2) la presión diplomática y económica para lograr el abandono del programa nuclear –en el caso de los republicanos. Ambas no han sido, a pesar de sus diferencias, realmente exitosas, atento a que –por un lado– el diálogo redundó en volver a iniciar el círculo vicioso de “negociaciones-soborno-desescalada-incumplimiento de la palabra por parte del Norte– nueva crisis”, mientras que por el otro lado la presión ha resultado en mutuas acusaciones y amenazas, lo cual ha exacerbado el estado de cosas. Más allá de la futilidad de ambas opciones, la práctica de las mismas ha dejado en claro el empleo por parte de Norcorea de su programa nuclear como instrumento de chantaje.

No obstante, para tener presente todas las alternativas posibles, podemos interrogarnos sobre la posibilidad de que Norcorea –en vez de hacer uso de su programa nuclear como herramienta de chantaje–, aspire realmente a convertirse en potencia nuclear. De ser ello así, los países de Asia Oriental y Estados Unidos tendrían frente a sí a un régimen totalitario poseedor de armas nucleares. En ese caso, la postura de los halcones en la administración Bush dirigidas a lanzar un ataque contra las instalaciones nucleares de Corea del Norte, sería una opción plausible. Sin embargo, ¿cuáles serían los riesgos que ello traería aparejado? En primer lugar, la dificultad de identificar (y por lo tanto eliminar) las plantas nucleares del régimen; en segundo lugar, la posibilidad de que una acción militar estadounidense provoque una guerra generalizada en la Península Coreana –tanto de carácter convencional como no convencional–; y en tercer lugar que la expansión del conflicto alcance toda la subregión del Nordeste Asiático (lo que incluye hacer blanco del mismo a Japón y quizás obligar a China a involucrarse).

Antes de seguir con el análisis de las opciones estratégicas más prudentes con que contaría los Estados Unidos, es dable hacer referencia a

una serie de mitos que sobre esta crisis la prensa –por desconocimiento o interés político– ha reflejado:

- Con respecto a la planta de Yongbyon, la misma es anticuada y su capacidad de reprocesamiento es insuficiente como para cargar con ojivas no convencionales una amplia gama de misiles (se estima que si el reactor de 5 megawatts produce al límite de su capacidad, Norcorea incorporaría entre 3 y 4 armas nucleares a su arsenal).
- Por otra parte, Corea del Norte sólo ha ensayado con éxito el lanzamiento de misiles de corto y mediano alcance, de allí que los mismos –en vez de aquellos de largo alcance que supuestamente barrerían la costa Oeste de los Estados Unidos– puedan serle atribuidos.
- Asimismo, a Estados Unidos le cabe el no haber cumplido con tres importantísimos puntos del famoso Acuerdo Marco de 1994: (a) proceder al reconocimiento diplomático de la República Democrática Popular de Corea, (b) abastecer del combustible que satisfaga las necesidades de Norcorea en la materia y (c) completar en este año la construcción de dos reactores de agua liviana (estos dos puntos fueron tomados como propios por el

Gobierno de Washington a cambio de que Pyongyang congelara su programa nuclear).

- Finalmente, en los últimos meses se ha observado la implementación de una serie de iniciativas por parte de las autoridades norcoreanas, tanto ante los gobiernos de Estados Unidos, Japón y Corea del Sur, como dirigidas a su ámbito político interno, todas las cuales en cierta medida desmienten su atribuido carácter hostil y aislacionista. Ante los Estados Unidos, se destacan haber propuesto encuentros a nivel jefes de la diplomacia y la firma de un pacto de no agresión y haber invitado a delegaciones diplomáticas y militares de alto rango a Pyongyang. Ante Japón, cabe mencionarse el reestablecimiento del diálogo al más alto nivel (lo cual se materializó en la cumbre Kim-Koizumi) y ante Corea del Sur es dable hacer referencia haber propuesto entre los Jefes de Estado, haber recompuesto los contactos a través de algunas carreteras y líneas férreas, haber procedido al desminado de ciertas porciones de la Zona de Desmilitarización y haber enviado 600

atletas a los Juegos Asiáticos que tuvieron lugar en Pusán (lo cual significó la primera participación del Norte en un evento deportivo internacional organizado por el Sur). Por último, en el ámbito político interno, fueron puestas en marcha reformas económicas de mercado tales como incrementos salariales, libre flotación de los precios de determinados productos y apertura de una zona económica especial al estilo chino.

Ante este marco de situación descripto, la administración Bush podría acudir a una tercera alternativa, consistente en poner en conocimiento de Pyongyang que, en caso de no abandonar su programa nuclear, sus vecinos Japón y Corea del Sur tendrían la libertad de convertirse en potencias nucleares. El efecto de ello sobre Norcorea sería que, ante la eventualidad de tener frente a sí a adversarios con mayores posibilidades de construir arsenales más grandes y más sofisticados, el gobierno de Kim Jongil debería reconsiderar seguir desarrollando su programa nuclear. A este importante efecto lo complementarían ponerse fin al chantaje nuclear, desnuclearizar la subregión (puesto que Japón y Corea del Sur

sólo habrían amenazado con volverse nucleares, a la vez que la República Democrática y Popular habría puesto fin al programa nuclear).

Sin embargo, cabe la posibilidad de que Pyongyang no ceda a la presión estadounidense, por lo que a una Norcorea nuclearizada debería agregársele un Japón y una Corea del Sur poseedores del arma nuclear. En ese caso, ante la perspectiva de un Nordeste Asiático nuclearizado, cabría rescatar que Pyongyang habría perdido el monopolio nuclear, estableciéndose un equilibrio de poder en la subregión sobre la base de la mutua disuasión.

Debido a que el sentido común nos hace pensar que la perspectiva de una nuclearización de la Península no es la salida más viable de la crisis, es dable considerar otras alternativas. En lo personal, me inclino porque los Estados Unidos aproveche el “momentum” de su victoria en Irak para conformar una iniciativa diplomática que incluya a Rusia, China y sus aliados europeos, dirigida poner fin a la confrontación de 50 años de duración y procure alcanzar un acuerdo de paz integral.

El mismo, además de incluir el abandono de toda iniciativa nuclear y producción

misilística norcoreana, tendría que abarcar el repliegue mutuo y gradual de los efectivos a lo largo de la Zona Desmilitarizada, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Japón y la República Democrática Popular, el pago de reparaciones de guerra por parte de Japón, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Norcorea, el fin del embargo alentado por los Estados Unidos, el compromiso de los países del Asia Oriental con el desarrollo económico del Norte, la constitución de una Federación Coreana y el establecimiento de un Foro de Seguridad del Nordeste Asiático que contribuya con el mantenimiento de la paz.

Una vez más, el destino de comunidades humanas se encuentra en manos de un pequeño grupo de personas encarnado en su clase dirigente. Sólo resta esperar que en dichas elites reine la prudencia política y la búsqueda del bien común, para que de esa manera se instale una paz no entendida como “ausencia de guerra” sino como estabilidad y armonía entre los pueblos.

Jorge Malena / Graduado en Ciencias Políticas con Especialización en Relaciones Internacionales de la Universidad Católica Argentina; Magister en Política Internacional de Asia con Especialización en China de la Universidad de Londres; Candidato a Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Católica Argentina. Docente en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina y en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador (en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina es Profesor Adjunto de “Historia de las Relaciones Internacionales” y en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador es Profesor Titular de las materias “Historia de China”, “Idioma Chino Mandarín” y “Relaciones Internacionales de Asia Contemporánea”). Asimismo, es evaluador de Informes e Investigaciones del CONICET, Área Derecho - Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales; y miembro del Comité de Estudios Asiáticos del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).

Para citar este artículo:

Malena, Jorge (2003), “Un análisis estratégico de la controversia en la Península Coreana” [disponible en línea desde junio 2003], Serie de Artículos y Testimonios, N° 6. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at6.pdf>